



X Concurso de Relatos Cortos

“Memorias y Cuentos del Moncayo”

Grisel, 2008

CATEGORÍA INFANTIL: Tercer Premio
Relato premiado: “Unas brujas adorables”
Autor / a: Alejandro Murillo Albericio.
Tarazona (Zaragoza).

UNAS BRUJAS ADORABLES

Hace muchos años, muchos años, en un pueblo llamado Trasmoz, en las faldas del Moncayo vivían, en un castillo, tres hermanos brujos, dos eran gemelas y el menor varón.

Las hermanas eran unas brujitas muy buenas a las que les gustaba asustar a los campesinos, pero el hermano no quería que se relacionasen con las gentes del pueblo. Todos los días les decía que el oficio de la brujas era asustar y dominar a las gentes.

El hermano se enamoró de una bruja de un pueblo cercano y se casó con ella, marchándose a vivir a otro lugar, entonces las brujitas se dedicaron a trabajar en su laboratorio y a preparar pócimas secretas.

En el pueblo la gente era, muy pobre, todas sus posesiones consistían en un trocito de tierra para trabajarla, pasaban muchas calamidades y sus hijos no podían ir al colegio, pues tenían que ayudar a sus padres.

Fue pasando el tiempo y en el pueblo las cosas empezaron a ir mejor, aunque todo era muy raro. Las cosechas eran muy buenas, los frutales daban hasta dos cosechas de las mejores frutas, siempre llovía cuando hacía falta y las hortalizas eran las más cotizadas de la comarca.

Todo el mundo hablaba de lo mismo y no tardó en enterarse el hermano brujo, los comentarios le hicieron pensar que en todo esto sus hermanas estaban involucradas.

Mientras, las brujitas estaban felices en su castillo, eran más felices que nunca y aunque no se relacionaban con las gentes, conocían a cada y uno de

los habitantes del pueblo, pues por las noches se paseaban mirando por las ventanas y sabían los problemas de cada familia.

Un día, el hermano llegó al castillo, ellas se asustaron mucho e intentaron esconder las pócimas con las que estaban ayudando a la gente, pero fue inútil él enseguida se dio cuenta y enfadándose mucho les dijo:

- ¡Todo lo que os he dicho a lo largo de los años no os ha servido de nada!
- ¡Sois la vergüenza de los brujos ahora mismo tirad las pócimas buenas y empezar a ser unas brujas como Dios manda!

Ellas no querían tirarlas, pero Yungo, que así se llamaba su hermano las destrozó todas de una sola mirada y muy enfadado les advirtió:

- Si llega a mis oídos que volvéis a hacer el bien regresaré y serán los Campesinos los que paguen vuestras imprudencias.

Las brujitas se quedaron muy tristes pero no les quedaba otra que hacer lo que les mandaba su hermano, pues no querían que les pasara nada a los habitantes del pueblo.

Pasaron unos días y todo volvió a ser igual que hacia unos años: los niños no tenían alegría, ya no se les escuchaba correr y jugar por las calles, las madres lloraban por no tener comida para sus hijos, todo era muy triste, las brujitas lo sabían y lo sentían mucho pero ellas no podían hacer nada.

En una de las casa mas alejadas del pueblo, vivía Pedro y su familia, probablemente la familia más humilde del pueblo, todo era desgracias para ellos, pero lo peor era que su hijo pequeño estaba muy enfermo.

Un día, mientras limpiaban, la hija mayor de Pedro recordando los buenos tiempos con su madre y sin saber cómo pensaron que las brujitas podían ser la solución a sus problemas, pues aunque ellas no lo sabían todo el pueblo las quería mucho.

Rosaura, que así se llamaba la niña sin pensárselo se puso en la puerta del gran castillo. Ella era una niña pequeña pero muy resuelta y cuando las brujitas abrieron la puerta, no se asustó, sin dudar cruzó la puerta y con gran soltura les contó lo que pasaba en su casa.

Ellas le escuchaban con pesar y lamentándolo mucho le hicieron saber lo que había pasado con Yungo, su hermano, y que no podían ayudarlo, aunque en su interior deseaban con todas sus fuerzas hacerlo. Así que después de muchos ruegos de Rosaura, tramaron un plan y fabricaron dos pócimas, una para su hermano enfermo y otra para Yungo, con la que pretendían volverlo bueno.

La niña regresó a su casa y le dio a tomar la pócima a su hermanito que enseguida mejoro, pero Yungo se enteró del suceso y se presento en el pueblo.

Todos estaban muy asustados, todos menos Rosaura que con su carita risueña se acercó a Yungo y le dijo:

- Señor, antes de petrificarnos a todos, lo cual es un gran esfuerzo, toma refréscate un poco con este jugo de uvas que mi padre hace para mí y mis hermanos, tiene muchas vitaminas.
- ¡Insolente!, le grito Yungo, ¿cómo te atreves?, pero hacia tanto calor que sin pensarlo tomó el jarro y se lo bebió.

En tan solo unos segundos a Yungo le cambió el rostro y se transformó en un ser tan adorable como sus hermanas. Desde ese día todo los habitantes de Trasmoz fueron felices, incluso de vez en cuando todos van al castillo para celebrar alguna fiesta.